

# EL RADICAL

## Semanario popular

TORTOSA

Sábado 24 de Enero de 1914

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. . . . . 0'75 pesetas

Pago anticipado

D. Melquiades en Albacete

### El loro de la democracia y sus disparates

D. Melquiades Alvarez ha pronunciado otro discurso en Albacete. Y, naturalmente, ha cantado como un loro, como el loro que es del reformismo anticlerical.

D. Melquiades negó absolutamente, rotundamente, que tuviera concupiscencia del Poder, porque... ¡¡ah!! (y se pondría quizás la mano en el corazón), «el Poder impone tremendas responsabilidades y es una verdadera carga para los hombres honrados.» Así habla el orador de quien dijo un conspicuo hombre político, después de haber oído el primer discurso que D. Melquiades pronunció en el Congreso: «Este joven va derecho a la olla... ¡Y todavía se atreve el reformista a proclamar un instante después, como uno de los principales deberes políticos, ¡la sinceridad!

No vamos a entretenernos en examinar uno por uno los extremos de ese discurso que ha sido una mala repetición del que pronunció en el Hotel Palace; no queremos recoger más que una frase, cuya verdadera importancia tal vez pasará inadvertida para muchos.

Dice el tribuno reformista muy indignado: «Los ultramontanos se atreven ahora a erigirse en apóstoles de la democracia.» Indudablemente D. Melquiades aspira a ser el único, el genuino, el indispensable representante de la democracia. En esta idea cifra su victoria lejana o próxima. El proletariado, el pueblo, ha de ser el pedestal sobre el cual ha de erigirse símbolo de gloria, *pio, felice, triunfador Trajano*, el futuro jefe de Gobierno D. Melquiades Alvarez.

El peligro es gravísimo, es inminente y terrible. Si los ultramontanos se declaran apóstoles de la democracia, una gran parte de los obreros se marchará con los ultramontanos, y ¡adiós, sueños de la lechera! Ya no habrá suficientes obreros para que, hacinados en montón, puedan aupar a D. Melquiades a una altura tan considerable como es la de la presidencia del Consejo de ministros.

¡Vaya un amor a la democracia y al pueblo el del Sr. Alvarez! Se

molesta porque los demás se preocupan de la suerte del pueblo. Si su pretendido afecto a las clases proletarias fuera desinteresado, ¿no sería su mayor anhelo que todos los partidos, que todos los hombres fueran apóstoles de la democracia?

Atrevimiento llama D. Melquiades a la democracia de los ultramontanos. Y él mismo, para no correr el ridículo, se hace demócrata ultramontano. Hé aquí sus palabras:

«El reformismo—dice—se declara socialista, aunque no colectivista marxista, del que nos separa el considerar nosotros que no es necesaria la lucha de clases ni es menester socializar los elementos de la riqueza.

No tenemos fe en la dictadura de los proletarios.

Los obreros y los patronos necesitan cooperar a la obra de solidaridad social.»

Pues eso mismo, Sr. Alvarez, es lo que viene predicando la Iglesia desde que pareció el socialismo y muchos siglos antes de parecer éste, con todo su séquito de odios y ruinas. En eso precisamente consiste la democracia ultramontana que tiene usted montada en las narices, con la diferencia de que mientras usted se opone a la lucha de clases, la fomenta con su programa radical, fundado exclusivamente en los odios revolucionarios, la Iglesia, aquella misma Iglesia a cuyo amparo nacieron los gremios en la Edad Media y que recordaba constantemente a los señores feudales que eran hermanos de los pobres labriegos, ha sido, es y será la mensajera de la paz, del amor universal y de la exaltación de la pobreza.

Llama D. Melquiades atrevimiento al hecho de que los católicos nos proclamemos apóstoles de la democracia.

Pues qué; ¿quería acaso D. Melquiades que el terreno conquistado por Cristo, el proletariado redimido por Cristo obrero, lo abandonemos a los inicuos explotadores del pueblo?

¿Eso quería? Pues no saldrá con la suya, vive Dios. Nosotros iremos al pueblo, a ese pobre pueblo, y le diremos la verdad, toda la verdad, y le pondremos de cuerpo presente a sus enemigos, y descubriremos sus ambiciosas asuncias, mal que pese a toda la republicanería andante y maleante, capitaneada en Roquetas per lo mestret, en Jesús per l'Amblanquinadó y en Tortosa por el in-

comparable talento del prodigioso, del simpático, del gigantesco conductor de las masas, *stinyó Guarquet*.

### ...Pero, señores, ¡qué monja!

Hace poco hizo un viaje a España el Presidente de la república francesa Mr. Poincaré.

Durante su estada en la Corte, entre otras cosas, visitó varios establecimientos docentes, principalmente el «Colegio de San Luis de los Franceses» dirigido por religiosas francesas de San Vicente de Paúl.

Allí cambió finezas y cortesías con el Rector, vestido de su sotana, y con la Hermana Superiora, cubierta de su estameña.

¡Deliciosa Hermana Superiora! ¡Con qué veneración besaría yo la orla de su hábito, por las palabras de oro con que recibió al primer magistrado de su nación!

Los extremos se tocan, y la extremada inocencia—como suele serlo la que caracteriza a esos ángeles de la caridad—puede confundirse con la más refinada malicia, y dichas frases son aceradas.

—¡Qué emoción debe usted sentir, señor Presidente—le dijo la monjita—, al ver, a tantas leguas de nuestra Patria, algo que se la recuerde: estas tocas immaculadas de las Hijas de San Vicente, las tocas características de las religiosas francesas, sus compatriotas de usted.

Poincaré, maestro como pocos en el arte de la ironía, debió enrojecer hasta lo blanco de los ojos al recibir a boca de jarro aquel ambiguo cumplido, tan semejante a un palmetazo.

Claro está que, por empedernido que esté, su corazón debió sentir algo, aunque en sentido muy distinto del supuesto por la inocentísima Hermana, cuya frase, sin que ella lo sospechara remotamente, no puede tener otra traducción que la siguiente:

«¡Desdichado esclavo! ¡Saborea este fugitivo momento de libertad! Aprovechate de que te hallas a mil quinientos kilómetros de tu Eliseo, para contemplar estas tocas, orgullo y honor de tu Patria, y que, sólo a esta enorme distancia de tus amos del Parlamento y de las logias, te

es permitido contemplar. En tu tierra las proscriben: si te queda en el alma un átomo de sensibilidad y de patriotismo, venéralas, a lo menos aquí, donde relativa y pasajeramente, eres libre.»

*En Versalles, cerca de Paris, fué detenido un ratero que había escamoteado el monedero a una enfermera laica de aquel hospital.*

*El juez examinó el monedero ocupado al caco y quedó sorprendido al hallarlo atiborrado de joyas. Curioso, como todos los jueces, quiso saber de dónde procedían las alhajas, e indagando y preguntando, llegó a poner en claro que la susodicha enfermera laica las había ido hurtando poquito a poco a los enfermos que iba cuidando.*

*¡Fué realmente una gran medida la expulsión de las monjas de los hospitales!*

### La república de cuerpo presente

En Lérida murió hace un par de semanas, poco más o menos, el virtuosísimo Obispo de aquella diócesis Dr. Ruano.

Al entierro asistió todo Lérida... Menos... los concejales republicanos, que se negaron a asistir pretextando que el Obispo era clerical....

La salida... no puede ser más graciosa... y ¡viva la libertad!

No faltarán pobres pequeños, cabezas de turco, que mientras sus directores no tienen inconveniente en alternar con toda clase de personas, se emperran ellos en una fanática aversión por todo lo que a religión sepa: y éstos, claro, en la ocasión presente, dirán que «bien hecho: que basta que fuera el Obispo para que no fuera a su entierro ningún republicano...»

Salida de tono, insulsa y brutal, de la que ninguna o poca culpa tienen los analfabetos del republicanismo, y si solo los cuatro mandilones de la casa que, contra sus mismas convicciones y contradiciendo a su particular proceder, cometen la incalificable villanía de inspirar a la plebe un desprecio para todo lo religioso y moral, que ha de acabar hasta con el sentimiento común social de la desgraciada masa republicana.

Podrán decir que el Sr. Obispo leridano representaba un determinado orden de ideas en que ellos no creen; pero, aparte de que, cuando les conviene, saben rendir homenaje de cortesía a estas mismas ideas, no podrán negar que ellas constituyen el patrimonio espiritual de muchos, de la mayor parte de los ciudadanos, y, por lo mismo, los concejales, que desde el momento de su elección no representan ya a un partido, sino a la ciudad, no pueden jamás dejar a ésta burlada, ni herir sus más caros sentimientos.

Pero, dejémonos de filosofías, perfectamente inútiles para los intelectuales del republicanismo, y bajemos al terreno de las derivaciones prácticas, que es donde los ciudadanos alucinados pueden ver a donde ha de conducirles el absurdo proceder de sus líderes.

Den, por de pronto, muchas gracias a Dios los obreros necesitados, que por una de sus muchas contradicciones acuden a las Conferencias de San Vicente en las horas amargas de su vida, y a las urnas republicanas en días de elecciones; den muchas gracias a Dios de que a los católicos no nos inspire otra caridad que la de Cristo, que no sabe sino tener compasión, ni se cuida de preguntar por su color político cuando ve a una víctima de miseria. Los republicanos pobres continuarán recibiendo la visita y limosna de los católicos, porque los católicos no pensamos en hacerles pagar la culpa de sus promores; culpa que valdría la pena de que tuvieran un poco más de sentido común.

Pero supongamos que no sucede así; que hay una persona, o muchas, a quienes se les ocurre discurrir de otra suerte; y ya que el republicanismo no quiere tener para las personas y cosas católicas ni la más elemental cortesía, le responden a un elector o socio republicano, cuando en días de penuria llama a la puerta en demanda de caridad: «a otra parte con esta música, hermano: que le protejan los suyos...» ¿Qué pasaría?

Que los hombres del republicanismo agotarían el vocabulario grueso de su repertorio para denostar y maldecir la intransigencia de los católicos. Y no sabrían ver, o no querían ver, que de esa tirantez y de esa conducta, muy lógica de tejas abajo, nadie tiene la culpa más que ellos que, mientras reciben de la sociedad, de las autoridades y de los ciudadanos, las atenciones y deferencias que el convivir humano exige, corresponden a ellas con el más ridículo y grosero de los farisaísmos.

Y si prolongamos dicha violenta actitud al orden social entero, y suponemos que a X... y a L... se les cierran las puertas cristianas, y a los M... y a los Z... se les da de baja la clientela católica, etc., ¿qué dirán, entonces, estos políticos, o cínicos o infatuados, o ignorantes o poco avisados?

¿Dirán, por ventura, que la polí-

tica nada tiene que ver con la vida social?

¿Sí? Pues a la vida social pertenece un entierro; y a la vida pública social, el entierro de una autoridad, tan digna de respeto como cualquier otra, por lo menos. Y, sin embargo, los concejales republicanos no han querido prescindir de la política; y siendo así que no se les podía más que un acto de cortesía, han preferido pasar plaza de sectarios y librepensadores, antes que ser corteses.

Para que nos vengan luego predicando la libertad de pensar, y diciendo pestes de la intolerancia, cuando aquí no hay más intolerancia, ni más absolutismo que el suyo.

Si son librepensadores, ¿por qué no respetan el modo de pensar católico?

Si son tolerantes, ¿cómo no saben prescindir de las particulares ideas que representa cuando se trata de una autoridad de tanto relieve como el Obispo de Lérida?

Estamos seguros de que algunos de los concejales, republicanos, no serían tan insensatos en su pública actuación; pero está visto que en la casa del libre pensamiento no tienen libertad de pensar ni de obrar más que uno o dos.

Los demás han de contradecir a sus particulares convicciones... por el partido. Y ¿quién es el partido? ¡Un par de caciques!

Este es el republicanismo de todas partes. ¡De Tortosa no n surt de nada!

*Hay almas entecas que viven de lo superficial y de lo frívolo de las cosas. No esperéis oír de ellos una conversación de fondo... ni aguardéis a que se dediquen a una ocupación seria o provechosa. Pasan la vida buscando frivolidades que reír o acciones ajenas que murmurar. ¡Si leen algo es el Quijote... y hasta del Quijote se cansan! Y esos murmuradores de oficio exigen de los demás que les traten como a hombres... ¿Qué habrán pensado esos que es... ser hombre?*

## REYES Y REYEZUELOS

Hace pocos días, en el expreso de Madrid a Barcelona, fui compañero de viaje de ese reyezuelo de las demagogias radicales que se llama don Alejandro Lerroux.

El gran sibarita ocupaba un departamento completo del «sleeper» y dos camas para él solo; su secretario iba en un coche ordinario. Aun cuando va de viaje, Lerroux gusta de guardar las distancias.

Lerroux despidió con un saludo casi militar al estado mayor que había acudido al andén para rendirle pleitesía, y se metió en su departamento.

Poco después parecía en el pasillo, magnífico y reluciente, vistiendo una especie de guerrera de viaje, que por lo coquetona no desdefiaría el nuevo rey de Albania.

Yo recordaba los tiempos en que ese señor, que ahora se permite el lujo de cambiar de ropa hasta en los trenes, iba con los codos rotos y los pantalones llenos de flejos, y pensé que nada enriquece tanto como el comerciar con las miserias humanas.

Cuando llegó la hora de la cena, Lerroux hizo su entrada en el coche-restaurant pidiendo una mesa para él solo. Devoró y en seguida retiróse a su departamento.

Una hora más tarde se oían en el pasillo los ronquidos de D. Alejandro, que no salió del «sleeper» hasta que llegamos a Reus. El secretario esperaba ya desde mucho antes, en la plataforma del coche, que su jefe despertara.

Es el secretario de Lerroux un muchacho joven y gordiflón, de ojos tristes que miran espantados. Se llama Aguirre y otro apellido más, que suena como Petaca o Matraca. Siempre nos inspiró profunda simpatía, porque le juzgamos una de las primeras víctimas del tirano rojo.

Al ver a su jefe, Petaca le preguntó si había pasado buena noche. Lerroux, sin agradecer la fineza, contestó que había encontrado la cama dura. Petaca puso una cara muy lastimera, como si quisiera dar a entender que le causaba un gran disgusto aquella contrariedad.

El tren se había detenido en la estación de Reus, y Petaca saltó al andén para recoger un paquete de cartas y periódicos que le entregó a un individuo que allí esperaba. Lerroux, como los reyes y los embajadores de las grandes potencias, tiene cuando viaja, correos de gabinete, propios, escalonados por el camino.

Con el paquete de correspondencia debajo del brazo, Lerroux se fué al coche restaurant, pidió un desayuno de huevos fritos y café con leche, y mientras comía despachó el paquete de cartas. Su secretario, mudo y sumiso, no tomaba otra cosa que los papeles que le iba entregando el amo.

Como que la grandeza de cuna y educación no humilla jamás con su peso, en cambio la férula de un plebeyo endiosado es la más horrenda de las tiranías. Yo, monárquico romántico y sentimental, que considero una honra el sacrificio por su Rey, en tanto y en cuanto lo merezca y lo valga, preferiría la peor de las desdichas a la de tener que soportar un reyezuelo de baja extracción, un amo a lo Lerroux, que me cobrase a precio de orgullo y de dignidad el favor de darme para vivir.

CIRVENT.

*Romanones, en un reciente discurso, ha recomendado que la campaña anticlerical se haga a la chita callando, con el fin de no alarmar a los católicos.*

*Es decir, que aconseja el procedimiento de los ladrones, que procuran no hacer ruido.*

*Lo cual no impide que la política y la Guardia civil les echen el guante.*

*Eso hacemos los católicos con Romanones y comparsa andén taconeando fuerte, yندن de puntillas.*

*La taimada precaución del zorro liberal no le servirá de nada.*

## Revolucionarios contra revolucionarios

Quien desee vivir tranquilamente, sin sobresaltos ni temores, en un perfecto idilio y en una interminable paz paradisíaca, no tiene más que domiciliarse en Lisboa, y con este solo hecho de mera función policiaca tiene bastante para ser el más feliz de los mortales.

Porque, digan lo que quieran los enemigos de la república lusitana, allí se vive como en ninguna parte.

Desde que el Rey Carlos de Coburgo y su primogénito cayeron muertos dentro del coche que ocupaban por los disparos a quemarropa hechos por unos cuantos profesionales del asesinato, todo es allí júbilo, regocijo y bienestar al uso carbonario.

De un pueblo noble que tiene en su vieja historia hechos gloriosos que cualquiera otra nación aceptaría de buen grado para su patrimonio, la revolución ha hecho un presidio suelto, donde campan los más audaces, imperan los malvados y distribuyen justicia a tiros y cuchilladas seres repulsivos y presidiables.

Los carbonarios mandan en la calle, se imponen al Gobierno, penetran en los cuarteles, como si fuesen generales de aquel Ejército; merodean donde pueden, saquean casas particulares, interrumpen o prohíben con gritos blasfemos los cultos religiosos, delatan y encierran en calabozos infectos a quien se les antoja, son, en fin, dueños y señores de vidas y haciendas por el procedimiento del bandolerismo, y si no hacen más es porque nadie contrarresta sus audacias; todo eso el Gobierno lo tolera, lo consiente, lo ampara a cambio de que ellos toleren y amparen los hechos inmorales y escandalosos de los gobernantes.

Esa república, apenas nacida y ya achacosa, por virtud de morbosas concupiscencias, tiene menos derecho a vivir y ser respetada que las kábilas más salvajes de Marruecos. Como éstas, vive en perpetuas luchas sangrientas, atropellando el derecho de gentes y empleando la dinamita, última palabra del arte de matar, para deshacerse de sus enemigos. No han llegado a tanto los moros de Marruecos, y, no obstante, sobre ellos han caído dos naciones armadas hasta los dientes para enseñarles a tiros los beneficios de la civilización novísima, consistente en imponer por el hierro y el fuego a las naciones que viven fuera de esa civilización, la voluntad del más fuerte.

Y como quien siembra vientos sólo recoge tempestades, y un pícaro engendra a otro mayor, y un malvado a otro que lo es más todavía, de repente ha estallado en Lisboa una conjunción que, por las trazas, tenía el propósito de emular con ventaja las crueles hazañas de los pueblos uniformados con el primitivo taparrabos.

El plan de los *republicanos radicales*, así se denominaban los nuevos revolucionarios, consistía en lanzar bombas a diestro y siniestro en diferentes puntos de la capital, auxiliados por las sombras de la noche, y después de sembrar el espanto y la muerte por todas partes, hacerse dueños del Gobierno con el mismo derecho y haciendo uso de iguales procedimientos que los politicastro que hoy disfrutan del Poder.

El plan fracasó, pero las autoridades no pudieron impedir que sus émulos arrojasen bombas a granel desde los automóviles que ocupaban y que esos instrumentos de destrucción produjeran varios muertos y heridos.

Detenidos se hallan los promovedores del motín sangriento, los cuales, para que no se les confundiera con nadie, llevaban sobre un brazal estas dos letras: *R. R.*, que en buen romance quiere decir *República radical*, tras de la cual van también en España Lerroux, Soriano y otros intrépidos varones que esperan que la República pase triunfante por las puertas de sus casas para unirse a la comitiva con actitud arrogante y amenazadora; pero se nos figura que para días tienen espera.

Hazañas de bandoleros realizan todos los días al amparo de su República, enferma y radical, los desalmados carbonarios; pero de ellos puede decirse que se la ganaron con sus actos de foragidos. No mataron por matar, sino por el botín que sus crímenes había de facilitarles, y no lo niegan, porque esta negación equivaldría a negarse a sí mismos, toda vez que en la escala zoológica están a la misma altura que las hienas.

A tanto como esto, en su honor lo decimos, no llegan los republicanos españoles, aunque se congratulan de los actos de sus correligionarios de Lisboa, no de los terroristas de hoy, contra cuyos recientes hechos acaso protestarán fieramente, sino de los asesinatos de ayer, contra los cuales ninguno ha protestado, y, sin embargo, los que hace dos días arrojaban bombas contra quienes pretendían hacerles frente, son hermanos legítimos de los que acribillaban a balazos a D. Carlos de Coburgo y su hijo.

¿Qué diferencia hay entre la conducta de ambos bandos? Una sola: los matadores de los Coburgos usaron el fusil como arma de muerte; los terroristas lisboenses han usado la dinamita como arma destructora.

Digamos con el personaje cómico de *La verbena de la Paloma*:  
«Hoy los tiempos adelantan que es una barbaridad.»

Es éste un adelanto que ya había atisbado Canalejas cuando dijo:

—Al mauser se contesta con la dinamita.

Y las bombas de dinamita son en Portugal cosa tan vulgar y corriente, que hasta los niños juegan con ellas, aun a trueque de ser despedazados.

Buena generación es la presente y buenisima será la venidera, si Dios no lo remedia, porque de los hombres no hay que esperar el remedio.

La guerra, pues, está declarada entre dinamiteros y fusileros. ¿Quién vencerá?

Cualquiera que sea el vencedor, Portugal no saldrá de la horrible situación en que vive. Los dos bandos son revolucionarios, es decir, enemigos del orden, de la propiedad, de la familia, de la Religión.

Preparémonos, por tanto, a presenciar una lucha a muerte entre el tigre y la pantera.

¡Pobre nación! Con Vasco de Gama y Camoens, llenó el mundo con sus glorias.

Con Alfonso Costa y sus carbonarios, horrorizará a la tierra con sus crímenes.

Ni más ni menos que si nos trajeran la república Lerroux, Iglesias, o... Calderilla.

*Una comisión hispano-argentina ha pedido a Gobierno que haga imprimir a gran tiraje y precio económico las «Leyes de Indias», a fin de que puedan adquirir las todas los americanos y se convenzan de que «ninguna nación ni en el pasado ni en el presente, tuvo ni tiene leyes más justas ni sabias».*

*De manera, que aquellas célebres leyes, obra de nuestros grandes monarcas católicos... son una obra justa y sabia.*

*Nosotros estábamos convencidos de ello, pero como los sociólogos de opereta nos han hablado tanto y tanto de «aquellos ominosos tiempos» y de que «España es inhábil para colonizar».*

*Quien es inhábil para colonizar es la puerca liberalista que usurpa el poder desde la muerte de Fernando VII.*

*Lo único que produce son colonias penitenciarias, esto es, carne de presidio.*

## BOCADILLOS

Dos... o tres amables... prójimos de esos... que, a falta de ocupación sería o libros de miga, pasan la vida hociqueando en la vida ajena y criticando lo que no entienden, han dado en la flor de pameteear también... a los redactores de EL RADICAL.

Los pobrecitos piensan... que creen... que lo hacen con buen fin... y eso ¡ya es algo atendible!

¡Por tanto... no queremos enfadarnos con ellos!

Al contrario... deseamos con todas veras que les pase el berrinche que tomaron la semana pasada con ocasión de los bocadillos que dedicá-bamos a los flamantes herejes Lirón y Dubois, colaboradores infatigables de «El Pueblo».

Y ¿de qué escandalizaron? ¿Por qué se elfunfurrñaron contra nosotros?

Dicen... que dicen... por haber llamado, así a secas, *journalas!* a los susodichos her-jes.

Tanto lo sintieron y tan malhumorados quedaron, que estuvieron a punto de rasgarse las vestiduras.

Pero, ¡no lo hicieron!

Se acordaron prontamente de que era invierno y hace frío, y que iban a exponerse a una pulmonía fulminante.

Pero si no... ¡ya lo creo que hubieran rasgado sus vestiduras!

Y a propósito de esto, se nos acuerda que «Pauet», lo de Roquetes, quan l'enpudegaban los xiquets, corría cap al canal per a morir afe-gat, pero... al arribá allí i tocá l'aigua freda, tornaba lo pas atrás i dia... No, no mi tiro perque'm refredaria...

Los nostres prójimos tampoco vo-len matarse per natros... perque se refredarien.

¡Qué amables!

En cambio... y vean Vds. lo que son las cosas del mundo, se escandalizaron *poquita cosa...* de las herejías de Lirón y Dubois... y prójimo hubo que aprovechándose de no sé qué conocimientos... *adquiridos...* en remota edad, pretendió explicar *la cosa*, como una malhumorada...

De manera que... llamar a Dios sin rodeos «embustero, criminal y sanguinario» se explica por el mal humor.

Hombre... (íbamos a decir «de Dios») y, ¿no se explica Vd. que nosotros llamemos a boca de jarro herejes a Lirón y Dubois, por habernos levantado malhumorados aquella mañana?

¿O es que no somos acreedores a tanta caridad?

¡Oh, prójimos amables, que en vuestros verdes años dedicais vuestra vida... a vivir murmurando... Seguid... seguid la senda y no pareis... ¡hermanos! que quien vive... esta vida... Llegará... a los cien años.

Y dispensen *jamables prójimos!* esta *polesía* escrita en su honor y que les dará *vié*, a nuevas, importantes y trascendentalísimas murmuraciones...

¡Eso es vivir la vida! ¿Qué saben del mundo y de la vida los que trabajan en EL RADICAL o se dedican a *murmurar* con los libros?

¡Gracias, prójimos!

¡Mil gracias!

Nos abstenernos de estampar aquí sus nombres y apellidos que... ¡Ay, no ignoramos! porque Vds. no tomen *otra... berrinche* que les obligue en pleno invierno, a rasgarse las vestiduras.

¿Qué haríamos nosotros, pobrecitos radicaleros, si no tuviéramos *amables prójimos* que «mos portessen com a draps de fregá?»

¡Mos moririam d'anllorament!

Dice Dubois, aquel Dubois que puede llamarse según su nombre dá de sí... *fusta... ascla... i bosque ño...* (Y conste que nosotros no tenemos la culpa de que eso signifique en francés...)

Pues bien, esto dice Dubois:

«Ningún libro de los mal llama-

dos santos nos hablan de castigar después de la muerte...»

Ahora decimos nosotros:

O Dubois no ha leído nunca los libros santos, o Dubois tiene el entendimiento más romo que una «ma de morté!»

Porque no una, sino muchísimas veces, se enseña en los muy bien llamados Libros Santos, que se castigaban los pecados después de la muerte.

Y no solamente lo enseñan, sino que lo corroboran con muchos ejemplos, como, verbigratia, el del rico Epulón condenado a las penas eternas por su vida muelle y mundana.

Pero Dubois está *con los ojos vendados*, como él mismo dice.

Y así se explica que no haya visto en los Libros Santos que se castiga después de la muerte.

Dubois necesita «llum».

Y que lí caigue lo tobot que porta als ulls.

La semana pasada se nos quedó en cartera, porque no cupo en EL RADICAL, el siguiente suelto:

Nos enteramos a última hora que el Gobierno que padecemos ha anulado la sentencia de condena fulminada por los tribunales militares, con muy buen acuerdo, contra el coronel Salvador por haberse negado a asistir a la Misa del Espíritu Santo.

En cambio, para que en todo haya compensaciones, el Sr. Dato ha resuelto suprimir la Misa del Espíritu Santo.

Así el coronel Salvador se verá fuera de peligro de que otra vez que se niegue a asistir a misa, le condenen los tribunales militares:

¡Ese Gobierno es una delicia!

## Preguntitas a un «amigo.. anti-radical-ero

¿Ha conseguido Vd. alguna suscripción a EL RADICAL?

¿Ha procurado Vd. anuncios para EL RADICAL?

¿Ha hecho Vd. algún donativo para fomentar la propaganda de EL RADICAL?

¿Es Vd. suscriptor *efectivo* de EL RADICAL, pagando religiosamente la suscripción?

¿Qué ha hecho Vd., de lo que está en su mano, por EL RADICAL?

¿...Dice que nada... o casi nada... que no... que no le importa *eso*?

¡Ah! ¿si?... Pues... entonces, cómo va por ahí... criticando y murmurando sobre si EL RADICAL no es un *gran...* periódico?

¿Quiere Vd. que lo sea? Pues... arrime Vd. el hombro y haga que otros lo arrimen también y verá qué dá de sí el celo y entusiasmo de los redactores de EL RADICAL.

Si..., a pesar de todo..., acaba usted con que se le da un bledo de todo... ah, entonces, por lo menos calle...

Calle... y no murmure... y no calumnie. Calle, y avergüéncese de que no sirva para cosa mejor... que para desempeñar oficio de verdulera.

